CARTA LXIII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡Cuántas gracias tengo que dar al Señor, querida hija mia, por el valor que te dá! Estás en sus caminos: felices aquellos que andan con firmeza por ellos, y se aprovechan de los preciosos momentos de la adversidad. El alma se purifica en el crisol de la afliccion, y se despega de la criatura: conoce que estos dias de peregrinacion no se han hecho para gustar un perfecto reposo, del cual debe gozar en una vida futura por la que suspira.

Estoy edificada de tus sentimientos por lo que hace al criado del Marqués. Ese pobre hombre se confundirá por las infelicidades de que es causa, y te aconsejo que nada omitas para consolarle, porque miro como inmediata la vuelta del Marqués; el Conde te le volverá muy pronto. Tienes gran necesidad de esto en las actuales circunstancias, en que Chambery va á hallarse llena de enemigos, que aunque sumamente humanos, y distintos á la verdad de lo que suponen esas buenas gentes, no dejarán de ocasionar algunos desórdenes en las cercanías, porque no podemos negar que la licencia militar es casi la

quietudes en que me pone la vista de esa sortija. Esta es la prenda que tiene de mi fé una esposa querida, de quien no me es posible tener noticia alguna. Durante el discurso de Mr. de Sabran habia vuelto en mí, y ya no me detenia sino la presencia del Conde. Notólo Mr. de Sabran, y me advirtió que no tenia nada oculto para su amigo, y que necesitaba de sus consejos. Le conté exactamente mi aventura del Parque, pero no pude decirle el lugar en que estaba la que buscaba, porque no lo sabia. Conjeturamos que no estaba léjos de mi Quinta, y Mr. de Sabran quiso poner al Conde en estado de servirle; le dijo, pues, que habiendo tenido la felicidad de agradar á la señorita Syllery, que era una rica mayorazga, habia ella consentido en unir su suerte á la suya por medio de un matrimonio secreto; que él se habia visto obligado á dejarla á los tres meses de su matrimonio, porque la familia de esta señorita habia sospechado su inteligencia; que la habia escrito muchas veces sin tener respuesta, y que el pesar que le habia ocasionado su silencio, le puso muy malo. Que despues de su convalecencia, la buscó inútilmente; ella dejó á París igualmente que su familia, y le dijeron que se la suponia cerca de Lyon.

Luego que Mr. de Sabran acabó su discurso,

el Conde de Montjoye le abrazó. Es íntimo amigo del padre de la señorita, que está actualmente en Chambery, y le prometió hacer sus buenos oficios con él. No es fácil de obtener la confirmacion de este matrimonio, porque Mr. de Sillery es un viejo muy caprichudo, que tiene fama de amar el dinero, y Mr. de Sabran es el menor de su casa, que no tiene mas que la capa y la espada, como se suele decir; sin embargo, su amigo le consuela, y le hace esperar un feliz suceso. Mientras que esto llega, le da su casa, á donde he dado órden que traigan á la niña, que Mr. de Sabran desea con ansia abrazar.

CARTA LXV.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Doy gracias á Dios, hija de mi alma, por los medios de justificacion que su Divina Magestad te ha presentado. Ella sabe sacar cuando le agrada, la verdad de los abismos mas profundos.

Admiro como tú la buena conducta del Conde de Montjoye: condúcete por sus consejos para impedir la confiscacion de vuestras tierras. Escríbeme á menudo, y sobre todo, cuando tengas noticias del Marqués. Y ese pobre Conde, ¡oh Dios!

¡Cuánto le amo por haberse constituido por tu fiador! ¡Y cuánto se alegrará cuando sepa el feliz suceso de este negocio!

CARTA LXVI.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

MADRE MIA QUERIDA: Acabo en fin de recibir una carta del Marqués, en respuesta á la que le escribí, contándole la desgraciada aventura, que hizo nacer sus sospechas. Me parece que está verdaderamente humillado de su injusticia respecto á mí, y promete no perdonar nada para hacérmela olvidar. El Conde de Montjoye me habia encargado que no le hablase de mi visita al Príncipe, que él debe ignorar, y he seguido su consejo. Fuímos ayer á Montmelian, y el Marqués de Sainte-Croix me presentó al Príncipe. Me adelanté para besarle la mano; pero él no lo permitió y me saludó profundamente. Habiendo sabido que era francesa, me hizo muchas preguntas sobre las costumbres de este pais, que no ignora, pero de las cuales le gusta hablar. Este Príncipe es alto, pero le falta alguna cosa á su talle: por lo demas, no se puede dar cosa mas ama-

ble; su aire franco y gracioso inspira confianza: los ojos son hermosos, la tez blanca, el semblante risueño; se habla mucho de su generosidad, de su gusto por los talentos y cosas de ingenios, en una palabra, es mi héroe. Temeria que el modo afable con que me recibió, me le hubiera hecho mirar con ojos demasiado favorables; pero todo el mundo es de mi dictámen en este asunto. Resolvímos verle comer al dia siguiente; pero los Padres Domínicos en cuyo convento está, nos enviaron á decir que no era bien parecido ver allí señoras. Los Diputados de Ginebra fueron á besar la mano al Príncipe, y asistieron á verle comer. Al ponerse este Príncipe á la mesa, llamó al Conde de Montjoye; y habiendo sabido qué estabamos aun en Montmelian, le preguntó por qué no asistiamos á la comida. Le dijo el escrúpulo de los Domínicos, é inmediatamente mandó á uno de sus oficiales que fuese por nosotras, y envió á decir al Prior, que todas las casas que él habitaba, eran Reales, donde todo el mundo debia ser admitido sin distincion de sexo. Os confieso que le hubiera perdonado su atencion: comia en una pequeña celda, donde no éramos mas que doce, y yo que estaba por desgracia frente á frente de S. A., de suerte que no me atrevia á levantar los ojos. Sin embargo, vol-

na accion que acabais de hacer, aunque todo sea para mí un enigma. Yo me confundo, dijo Madama de Sillery; oigo hablar de matrimonio secreto, mi hija parece interesada en él, y mi esposo se enternece: ¿qué quiere decir esto? Lo que causaba la sorpresa de esta señora, es que ella habia creido estar segura de una hija que jamás perdia de vista; sin embargo, no fué mas inflexible que su esposo. Abrazaron ambos á Mr. de Sabran, á quien dieron el nombre de hijo, é inmediatamente tomaron sus medidas para dar al matrimonio todas las formalidades que podia hacerle válido. Decidieron que no se publicase aquí, sino que esperasen para esto volver á París. No puedo explicaros el gozo de esta familia, el agradecimiento de los jóvenes esposos, y la ternura con que Mr. de Sillery ama á su nieta.

CARTA LXVII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

Sabe, querida hija mia, que tu carta me ha hecho derramar lágrimas igualmente que á tu padre. Hemos admirado los recursos que la naturaleza, ó por mejor decir, la Providencia, ha puesto en el corazon de los padres á favor de los hijos. Yo soy demasiado práctica en este punto,

hija mia; ninguna madre lo ha sido como yo, y me alegro de ver justificar por ejemplos mis debilidades. ¿Qué culpables no son los hijos que olvidan su obligacion para con aquellos que les han dado el ser? Por grandes que sean las faltas de un hijo, rara vez sucede que su padre le niegue el perdon. Es preciso en esta ocasion darte cuenta de un caso que acaba de suceder aquí, y en que he desempeñado el primer papel. Ya conoces al Conde de Orman: su hijo mayor, á quien la madre con su mimo ha echado á perder, le ha dado todos los pesares posibles. Tres años ha le robó una suma muy considerable, y habiendo este robo reducido al padre á mucha estrechez, juró no perdonarle jamás. Habia cumplido su palabra hasta hoy: ni sus amigos, ni el Señor Obispo, que vino expresamente á verle para esto, habian podido obtener nada. Hace quince dias que llegó este hijo, que ha estado oculto en el gabinete de su madre. Madama de Orman vino á confirmarme sus inquietudes en este particular, y vé aquí como se ha hecho la reconciliacion. Se juntó toda la familia del Conde, que es numerosa, porque tiene ocho hijos casados; estábamos treinta y dos á la mesa. Sacaron á ella un ternerito relleno de aves, y todos se admiraron de una entrada tan extraordinaria. Es-

te es, exclamé yo, el festin del padre de familias del Evangelio; ved aquí el ternero gordo: ¿Adónde está el Hijo Pródigo? A estas palabras Mr. de Orman, mudó de color y de discurso, fingí que no lo veía, y continué hablándole de su hijo. Olvidándose el Conde de lo que debia á la asamblea, entró en una furiosa cólera; le dejé desahogar su bílis, y aplaudí sus resentimientos. Pareció apaciguarse viéndome participar de sus transportes. Luego que creí apagado su furor, procuré despertar su ternura; temí largo tiempo no conseguirlo, pero al fin ví que sus ojos se llenaban de lágrimas. Creí el momento decisivo, dí la señal en que estábamos convenidos, y el hijo pródigo estaba á los piés de su padre ántes que pudiese descubrirlo. Apénas vió este padre inflexible á su hijo cuando sintió espirar toda su cólera; le perdonó con sumo gozo, y lo restante de la comida se pasó con mucho regocijo.

Estoy enamorada del retrato que me haces del Príncipe Don Felipe, y te doy la enhorabuena de los movimientos de ternura y gozo que su vista te causó. Los Reyes, segun el órden de la Providencia, son ó deben ser los padres de sus vasallos, y nosotros les debemos los sentimientos que exige esta cualidad.

Creo como Mr. de Montjoye, que es necesario

dejar ignorar al Marqués la visita que has hecho al Príncipe: tal vez vuestro Rey no la aprobará, y es indispensable que todo caiga sobre tí. Sométete á las órdenes de la Providencia en punto á la separacion de tu esposo. Despues de los infelices incidentes que ésta ha hecho nacer para justificarte, seriais inexcusable de no abandonarla todos tus intereses.

CARTA LXVIII.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: no esperareis la noticia que voy á daros. Mi esposo y el Conde están actualmente en Chambery en la comitiva del Rey de Cerdeña. A su llegada se retiró D. Felipe con todas sus tropas al fuerte de Barrau, sin que ni por una ni por otra parte se haya sacado la espada. Los políticos encuentran misterio en esta conducta, que me parece en efecto muy extraordinaria. Bien podeis conocer el gusto que he sentido al volver á ver un esposo, de quien me creia separada para mucho tiempo; y verle convencido del amor que le tengo, y de mi inocencia. Él dice que no se pasará dia alguno de su vida sin pedirme perdon de sus injustas sospechas, y ha

llegado su delicadeza en este punto hasta despedir al criado que las hizo nacer; pero he defendido tan bien su causa, que le ha vuelto á tomar, y yo hice un pequeño regalo á este pobre muchacho para que viese que no tenia ningun resentimiento contra él. Abracé mil veces á mi cuñado; su amor á la Condesita es siempre vivo, y me asegura que ha sido el objeto de la admiracion de todas las damas Piamontesas. En medio de tantas satisfacciones, siento vivamente la desgracia del mejor de mis amigos: el Conde de Montjoye por los trabajos que se ha tomado, no ha tenido mas precio que disgustos, pues ha llegado á ser sospechoso. El Rey no ha querido que el Marqués de Arvillar, su suegro, viniese á besarle la mano, y herido este pobre viejo de un golpe que no esperaba, ha caido peligrosamente enfermo. ¡Qué diferencia hay del servicio de Dios al de los hombres! Se está siempre seguro de agradar al primero, con tal que se tenga intencion de ello; pero con los hombres es menester adivinar. Este pensamiento me disgusta absolutamente de la Corte, y al instante que mi esposo pueda dejar el servicio con honor, es decir, despues de la paz, vivirémos retirados en nuestras tierras.

Estando escribiendo esta carta, me ha venido

á decir el Marqués, que se me incluye en la desgracia de mi amigo, á quien no he querido dispensarme de verle lo mismo que antes: me han hecho un crímen de ello, igualmente que de mi visita al Príncipe. El Rey, que se prepara á volver á pasar los montes, ha hecho saber al Marqués que le dispensaba de seguirle. No estoy triste por este acontecimiento: tengo una repugnancia á Turin, que me costaria mucho trabajo vencer.

El Rey acaba de partir dos dias ha, y vednos aquí de nuevo con los españoles: en verdad que esta es una comedia, de la cual nada se puede comprender. Parece que el Rey de Cerdeña ha dado palabra á D. Felipe de que no será turbado en esta ciudad, y éste se establece en ella, como si debiese estar eternamente.

Contaba con hacer partir esta carta dos dias ha, pero un accidente imprevisto lo ha retardado. Se prendió fuego en palacio, por el cual ha sido enteramente consumido; nuestra casa no está distante, y hemos estado en pié toda la noche. Por fortuna no hemos tenido mas daño que el del miedo, y este accidente no ha interrumpido los placeres. Nuestras damas se entregan á ellos con todo su corazon, y algunas de sus hijas esperan hacerse de maridos entre los señores de la corte de

D. Felipe. No tendré lástima á ninguno de ellos que se case aquí; cuanto mas se trata á nuestras queridas Saboyanas, mas se las ama; tienen por lo general el mejor semblante, y la mas bella índole que se puede imaginar. La amable Sofia, hija de la Condesa de Menthon, ha hecho la conquista de un español muy amable, y se cree que ésta se terminará por un matrimonio, en el que cada una de las partes encontrará su ventaja, la Señorita por el lado de la fortuna, y el caballero por las prendas personales y el nacimiento.

CARTA LXIX.

DE MADAMA DE MONTIER A SU HIJA LA MARQUESA D.***

Recuerda otra vez tu sumision á las órdenes de la Providencia, hija de mi alma: ya no tienes padre, y el momento en que debo juntarme á mi esposo, no está distante. Esta es probablemente la última carta que recibirás mia, hubiera querido escribírtela de mi propio puño, pero la debilidad en que estoy no me permite esta satisfaccion. Tu padre ha muerto con la muerte de los Santos, y yo no tengo sino acciones de gracias que dar al Señor sobre este artículo. Querria poder ocultarte el género de su muerte, pero tarde ó tem-

prano la llegarias á saber, y se renovaria tu dolor con mas intensidad.

Un caballero de nuestros vecinos, tan ruin en sus sentimientos, como rico en abuelos, habia venido muchas veces á cazar á nuestras tierras. Habiéndole tu desgraciado padre cogido en el hecho, le dió quejas, tal vez con demasiada acrimonía: estaba sin armas, y teniendo este pícaro cargada su escopeta, le metió dos balas en el cuerpo. Trajeron moribundo á tu pobre padre, y habiéndose apoderado tres aldeanos del asesino, le trajeron tambien á nuestra casa casi al mismo tiempo. El primer cuidado de mi esposo fué hacer encerrar á este miserable, y enviar á buscar á su padre, aunque hace algunos años que estabamos desavenidos. Le entregó á su hijo, dió dinero á los aldeanos para empeñarlos al secreto, y habiendo juntado á tus hermanos, les hizo jurar que no pensarian jamás en vengar su muerte. Despues de esto no pensó sino en prepararse para parecer delante de Dios, y en los pocos dias que sobrevivió á su herida, no cesó de pedir misericordia al Señor, repitiendo sin cesar estas palabras: *perdonadme, Dios mio, como perdono yo al que me da la muerte.* Se ha negado á nombrar á la justicia su asesino; y Dios para recompensarle en esta vida el sacrificio que le hacia,

le ha concedido la conversion de su enemigo, la cual pedia él con instancias. La víspera de su muerte vino el padre de este caballero á pedirle perdon de su parte, y á traerle una carta que le escribia desde la Trapa, á donde se ha retirado. En ella conjuraba á tu padre á que pidiese al Señor la perseverancia para él. Este feliz acontecimiento ha mitigado nuestro dolor. Recibí con constancia los últimos suspiros de tu padre; pero á pesar de mis esfuerzos para sostenerme en esta disposicion, mi cuerpo se rindió; y al mismo tiempo que mi corazon se sometia á las órdenes del cielo, estaba tan cruelmente despedazado, que los principios de mi vida se han alterado. Una calentura lenta, una imposibilidad total de detener ningun alimento, todo me anuncia un próximo fin, y los médicos no creen que pueda llegar hasta el octavo dia. No padezco, pero estoy absolutamente sin fuerzas.

Uno de mis mayores sacrificios al dejar esta vida, es el de estar privada del consuelo de abrazarte por última vez: ¿pero por qué me aflijo? Nosotras nos verémos muy pronto, querida hija: la vida mas larga es un minuto comparada con la eternidad. Yo lo conozco bien en este momento, querida mia; no he vivido mas que un dia, y he perdido la mayor parte. No me queda mas que

lo que he hecho por mi Dios, y esto es muy poco: espero no obstante en su infinita misericordia. Las bondades de tu esposo para con mis hijos, nada me dejan que desear por lo que mira á la fortuna; te los recomiendo: querida mia, sírveles de madre, y sobre todo, no olvides nada para confirmarlos en el temor del Señor. Mis últimos momentos estarian llenos de amargura si pudiese temer que tu constancia, y tu sumision á la voluntad del Señor, te abandonasen en este lance. Llóranos como cristiana, y como que tienes la esperanza de volvernos á ver algun dia; pero no adelantes éste, entregándote sin medida al dolor. Adios, hija de mis entrañas: no debo ya ocuparme sino en Dios, y conozco que me enternezco demasiado. El Marqués te dará esta carta, y espero que gozareis juntos de una paz, que será el anuncio de la felicidad á que aspiro, y que confio conseguir de la misericordia del Señor. Quedo &c.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA. Madama de Montier no murió de esta enfermedad. Su hija partió inmediatamente que recibió su carta, y la halló casi espirando; pero parece que una vista tan querida volvió á llamar su alma, que ya estaba pronta á marcharse. Ella se retiró con la Marquesa á una de sus haciendas, donde vivió mucho tiempo.

CARTAS

DE

MADAMA DE MONTIER,

RECOGIDAS

POR MADAMA LE PRINCE DE BEAUMONT,

traducidas del francés

POR Dª. MARIA ANTONIA DEL RIO Y ARNEDO.

EDICION MEGICANA CON ALGUNAS CORRECCIONES, Y ADORNADA CON LAMINAS FINAS, QUE PUBLICA MARIANO GALVAN RIVERA.

TOMO II.

MÉXICO: 1854.

****

Se halla de venta en la librería núm. 7 del portal de Mercaderes.